

lismo social, pero verás un poco en qué sentido quisiera llegar a un realismo dialéctico. Creo que hay que pasar de la simple descripción estática de las enajenaciones, para plantear la real dinámica de las contradicciones *in actu*»⁴⁷. Es bastante claro que Martín-Santos se estaba refiriendo a la novela realista de carácter social que era la que fundamentalmente había escrito y se estaba escribiendo en España. Contra este tipo de novela arremete Luis Martín-Santos, oponiéndole a su estatismo descriptivo la «real dinámica de las contradicciones *in actu*». La oposición y el contraste, hechos de una manera irónica y sarcástica, venían a producir una literatura de corte expresionista sobre una realidad absurda y grotesca. Recordemos aquel famoso pasaje en el que el Muecas, criador de ratones en su chabola, es descrito, a veces, como un ganadero de los Estados Unidos o como un señor feudal⁴⁸, o bien, aquel otro en el que las condiciones en las que se va a hacer abortar a Florita, antes de que el Muecas se convierta en padre-abuelo, en el suburbio madrileño, son comparadas con las óptimas de la actual cirugía.

En este último pasaje, por ejemplo, con una serie de argumentos que no convencen a nadie, a causa de la ironía y del sarcasmo con que están manejados, pero, sobre todo, porque en el cortejo de las dos realidades se trata de sublimar a la que está infinitamente por debajo de la otra, se nos dice:

La lámpara escialítica sin sombra se sustituía ventajosamente con dos cantiles de acetileno que emanan un aroma a pólvora y a bosque con jaurías más satisfactorio que el del éter y el bióxido de nitrógeno, consiguiendo, a pesar del temblor que la entrada de intrusos (desgraciadamente no dotados de la imprescindible mascarilla en la boca) provocaba, una iluminación suficiente. Tratándose de hembra sana de raza toledana pareció superflua toda anestesia, que siempre intoxica y que hace a la paciente olvidarse de sí misma, y es en este punto en el que mejor se cumplieron los cánones modernos que hoy, por obra y gracia de la reflexología, la educación previa, los ejercicios gimnásticos relajantes de la musculatura perinial y la contracción de las mandíbulas en los momentos difíciles consiguen, de vez en cuando, hermosísimos ejemplos de grito sin dolor. Mas, inculta, la muchacha rugía con palabras destempladas (en lugar de con finos ayes carentes de sentido escatológico), que contribuían a quitar la necesaria serenidad a los múltiples asistentes al acto⁴⁹.

En el *Quijote* sucede algo semejante, y casi podríamos decir que en buena parte está construido en base a la técnica del «realismo dialéctico» que contrapone ventas a castillos, mozas del partido a princesas, molinos a gigantes, caballos a dromedarios, manadas de borregos a ejércitos, etc. Aunque obviamente los efectos son diferentes debido a que los objetivos son distintos: de la comparación-síntesis de Luis Martín-Santos siempre queda mal parada la realidad social y moral española; en Cervantes, los propósitos en los casos anteriormente citados son casi siempre meramente estéticos, porque la crítica social suele hacerla a través de otras técnicas magistralmente estudiadas por innumerables cervantistas. Con todo, también en lo que respecta a la crítica social, moral e institucional existen semejanzas entre estos dos escritores españoles. Améri-

⁴⁷ Apud. Gemma Roberts. *Op. cit.*, pág. 131.

⁴⁸ *Tiempo de silencio*, págs. 56-60.

⁴⁹ *Ibid.*, págs. 106-107.

co Castro afirma —y a esto, en última instancia, podría reducirse su tesis sobre Cervantes— que la realidad histórica de España condiciona la estructura y el estilo del *Quijote*⁵⁰; y ¿por qué no también —aunque no de una manera tan absoluta y radical como lo presume Américo Castro respecto a Cervantes— la época franquista a Luis Martín-Santos? Detengámonos, aunque brevemente, en un fragmento de *Tiempo de silencio* que cita y comenta Alfonso Rey:

Que el acontecimiento más importante de los años que siguieron a la gran catástrofe fue esa polarización de odio contra un solo hombre y que en ese odio y divinización ambivalentes se conjuraron cuantos revanchismos irredentos anidaban en el corazón de unos y de otros no parece dudoso⁵¹.

Alfonso Rey afirma que este párrafo evidentemente esotérico y ambiguo, plantea dos dudas fundamentales, cada una con dos alternativas. La primera consiste en averiguar a qué «gran catástrofe» se está refiriendo. «Podría pensarse en el desastre de Annual, tomando en cuenta que la corrida de toros adquiere un gran realce bajo el reinado de Alfonso XIII. En tal caso —y esta es la otra duda— ‘un solo hombre’ podría significar el torero que canaliza hacia sí el odio oculto y la admiración de las multitudes. Pero ‘gran catástrofe’ podría ser también la guerra civil de 1936-1939, magnífica muestra de odio a escala nacional. Y el hombre aludido sería entonces Franco»⁵².

Tanto Martín-Santos como Cervantes, para evitar la censura, ya que ambos volvieron en un tiempo obligado de silencio en el que la crítica moral, social e institucional se hacía —o por lo menos la hicieron ellos— enmascarándose en la ingenuidad de sus protagonistas, en la estructura y en la reconditez barroca de su estilo. *Tiempo de silencio* es en este aspecto una novela muy semejante al *Quijote*, en la que los alcances de la función referencial apenas empiezan a vislumbrarse gracias a una innumerable cantidad de ensayos⁵³.

De este modo, Luis Martín Santos arremete, directa o veladamente, contra el aficionado a las corridas de toros que exige valor en otro, y que parece definir —según su ironía o su «amor amargo», para emplear la expresión mediante la cual Pedro Laín Entralgo define uno de los aspectos más importantes de la Generación del 98⁵⁴— al hombre ibero⁵⁵; contra el hombre-mojama; contra los eunucos espirituales; contra el hombre que cree que todo consiste en «estar callado»⁵⁶; contra las señoras que negociaban a sus hijas para asegurar su futuro; contra los héroes de guerra que no hicieron más que perseguir mujeres; contra los pseudo-artistas que carentes de ingenio se escudan en la vanguardia; contra los intelectuales de «conferencia», etc.

El carácter itinerante de *Tiempo de silencio* podría explicarse no solamente por el de la *Odisea* o el *Ulises*, sino también por el del *Quijote*, con la ligera diferencia de que si

⁵⁰ Fundamentalmente en «La estructura del ‘Quijote’» en *Hacia Cervantes*, págs. 327-332.

⁵¹ *Tiempo de silencio*, pág. 183.

⁵² *Construcción y sentido de Tiempo de silencio*, págs. 71-72.

⁵³ La bibliografía más completa sobre *Tiempo de silencio* se encuentra en el citado libro de Alfonso Rey: *Construcción y sentido de Tiempo de silencio*.

⁵⁴ *La Generación del Noventa y Ocho* (Austral), Madrid, Espasa Calpe, 1963.

⁵⁵ *Cf. Tiempo de silencio*, págs. 182-183.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 239.

Don Pedro deambula por Madrid y su periferia en busca de material científico para probar que un tipo de cáncer es contagioso y alcanzar el premio Nobel; Don Quijote por la Mancha y otras regiones españolas para hacer justicia sobre la tierra y así alcanzar gloria y fama. Tanto Don Pedro como Don Quijote tienen sus acompañantes: uno a Amador, el otro a Sancho. Tanto Don Pedro como Don Quijote tienen su ideal o ideales: Don Pedro, la Ciencia y el premio Nobel; Don Quijote, la Justicia y Dulcinea del Toboso. Ambas novelas terminan con el fracaso del héroe (triunfo del medio ambiente sobre ellos), por lo menos desde la perspectiva de los bachilleres, duques, curas y barberos. Pero en donde más se aproxima una novela a la otra, es en la manera de presentar y describir la realidad, a tal grado que puede considerarse a Cervantes como un precursor adelantado, si no del «realismo dialéctico» en su totalidad, sí por lo menos de algunas de sus técnicas, con toda la crítica social que éste implica.

La presencia de Cervantes en Luis Martín Santos es indudable. Existen entre ambos escritores muchas semejanzas que nos inclinan a pensar que la predilección, la admiración, que sintió el autor de *Tiempo de silencio* por el *Quijote*, y por la obra de Cervantes en general, rebasó los entusiasmos de un simple lector para internarse en las preocupaciones del escritor. Un nuevo lector, no de los libros de caballerías, sino del *Quijote*, que no se contentó con tomar la pluma, sino que quiso convertir la literatura en realidad.

MANUEL SOL T.



Un detalle del patio de la primera casa de Cervantes, en Valladolid, tal como estaba en el año 1916